

## MILTON Y SUS HIJAS.

POR A. JADIN.

MILTON<sup>1</sup> se había desposado con una jóven de una familia adicta á la causa rea.. Podía ser feliz esta union; pero cuando estalló la revolucion que elevó á Cromwell<sup>2</sup> al *protectorato* (protectoría) de Inglaterra (1649), el furor con que Milton atacó á la monarquía, sus conexiones con los mas feroces enemigos del infortunado Carlos I, asustaron á la jóven, esposa la cual se acogió al seno de su familia. Cuando los ataques del parlamento y de los enemigos de la monarquía hubieron en fin decidido el destronamiento y la prision de Carlos I, una entrevista preparada por algunos amigos excitó de nuevo toda la ternura del tribuno feroz y recibió él con anhelo á la fugitiva esposa, juntamente con toda su familia de ella, que huía perseguida por la proseripcion y le prestó el mas generoso amparo.

Harto sabido es de qué suerte se terminó aquella revolucion hecha en nombre de la libertad: el asesinato y la dictadura fueron su fruto. El ambicioso, astuto é ingenioso Cromwell, haciéndose un escalon con el cadalso de su rey, se apoderó de la suprema autoridad de la Inglaterra bajo el título de Protector. Milton, el fa-

1 Milton.—2 Cróm-uel.

nático de la libertad, se dejó amancillar con los honores de Cromwell, implacable enemigo de toda libertad, como lo son los dictadores.

El *parlamento largo* perseguia con encarnizamiento las reliquias de los defensores de la causa del rey difunto y la muerte era el premio de la fidelidad del juramento.

Un dia un prisionero fué conducido á la presencia de Milton, poderoso á la sazón: aquel era un oficial del ejército real, el cual acababa de caer entre las manos de sus cnemigos implacables.

—¿Quién eres? le preguntó con severo acento Milton, sin siquiera mirarle.

—Un oficial del rey, que ha cumplido su deber hasta el último momento.

—Sí, un vasallo fementido, un esclavo y traidor.

—Ne te está bien á tí el llamarme traidor, tú que haces traicion á la libertad por servir á un asesino.

—¿Tienes por ventura mucha prisa por ir á juntarte con Carlos I?

—Eso es mi mayor anhelo.

—¿Cómo te llamas?

—Davenant<sup>1</sup>.

1 Dávenan.

—¡Cielos!

Y el formidable Milton, al proferir esta exclamacion, se levanta de su asiento, se acerca al prisionero y quédasele mirando.

—Sí, os conozco, dice.

Y volviéndose hácia la tropa:

—¡Retiraos! dijo con imperio, dejadme á solas con este hombre, quiero examinarle.

Luego que quedaron solos, el poeta triunfó del procónsul, y allegándose al prisionero, le tomó las manos y con inmutada voz le dijo:

—¿Con que sois vos, Davenant, vos cuya musa pura y graciosa me ha dado tantos y tan gustosos ratos?

—Sí, yo soy Davenant, y no cantaré ya mucho tiempo y desde ahora me he despedido de esa musa de que hablais.

—¡Oh, pues esa musa os protegerá!

—Dejémonos de chanzas, señor. Yo he cumplido mi deber, y estoy resignado á las resultas....

—En hora buena; pero si bien hemos sido enemigos en la senda política, otra hay en que hemos sido amigos. Yo no quiero ver en vos el hombre político; no veais en mí el tribuno: nosotros somos aquí dos poetas que se aman.

—¿Cómo! ¿será posible que mis cortas poesías!...

—¡Los hermosos versos deben ser una egida, y la libertad no puede mandar que se le sacrifique un hijo de Apolo! Yo puedo salvaros, y si con ello no cumplo como republicano, sí cumplo como poeta. Una persona de toda confianza va á conducirnos fuera de este recinto temible. Idos, huid y tornando á vuestras gratas tareas, pagad á la posteridad el servicio que os presto en su nombre.

Todo salió á medida de los deseos de ambos poetas, y lord Davenant, libre de sus perseguidores, pudo ir á incorporarse

en Holanda con el hijo de su desventurada rey y participar de sus peligros y sus miserias.

Distinguido por Cromwell á causa de su talento y de lardor de sus opiniones, Milton fué nombrado secretario-intérprete para la lengua latina en el consejo de Estado. Era un cargo importante este, pues por una política altiva que él aplicaba á todo, el protector queria que la lengua latina fuese la única en que se comunicase su gobierno con las potencias extranjeras. A pesar de lo laborioso de su empleo y á pesar del tiempo que le ocupaban las obras que compuso y publicó en aquella época, Milton no descuidaba la educacion de sus hijas, quienes, habiendo perdido á su madre, no hallaban, segun se dice, en la que la habia reemplazado toda la ternura que hubieran podido esperar de ella.

La vista de Milton habia sido siempre débil y seguia disminuyéndose dia á dia hasta el punto de dar indicios de extinguirse del todo para siempre. El poeta, previendo esta desgracia, y conociendo que la lectura de los autores de la antigüedad era su único descanso y solaz, hizo á sus hijas aprender á leer el griego y el hebreo: lograronlo ellas, pero sin comprender lo que leían.

Convendreis conmigo, amable lectora, en que no dejaba de haber su egoismo en semejante género de instruccion, y que leer griego y hebreo sin saber lo que se lee, debería ser un pasatiempo poco recreativo para unas jóvenes. Sin embargo, llegaron ellas á acostumbrarse tanto, que se cuenta que su hija mayor Ema, mucho después de la muerte de su padre, recitaba unos versos de Homero que habia aprendido de memoria y cuyo sentido ignoraba hasta entonces.

En medio de las agitaciones y los desengaños de su vida, Milton no hallaba

descanso ni sosiego mas que en el seno de su familia. Allí á lo menos la ternura de sus hijas endulzaba la amargura de su situacion. Era poderoso aun, pero no era ya feliz. Triste y enfermizo, después de haber derramado en furibundos folletos su bilis republicana, acudia á calmar el ardor de su alma con las pláticas vivas y divertidas de sus hijas, que no procuraban otra cosa mas que distraerle y consolarle. Era él amante á la música y algunas veces los ecos de su tiorba<sup>1</sup> se unian á las voces melodiosas de sus hijas.

—Y ¿por qué, padre mio, le decia con frecuencia su tierna Ema, estais siempre meditabundo y triste? ¿Qué teneis, que podeis desear? favorito del protector, encomendado de un cargo honorifico, célebre por vuestros escritos, rodeado del afecto de vuestros hijos, en qué consiste que no seais feliz?

—¡Ah! ¿no ves que todo lo he sacrificado al amor, á la libertad y aun á ese sueño de gloria que desde hace tanto tiempo halaga mi imaginacion? ¿Favorito del protector decís! ¡sí, él se sirve de mí como de un instrumento útil á su ambicion! ¡Célebre por mis escritos! ¿unos cuantos versos cuya existencia ni aun imagina el mismo que me emplea! ¡Ah! no es eso lo que inflama mi mente, no es á esos débiles triunfos á lo que se limita mi ambicion de poeta; no, yo tengo aquí una cosa que me dice que el nombre oscuro de Milton está destinado á otra celebridad. Pero lo que yo busco, lo que yo medito, no es obra de un dia; el asunto que aquí fermenta y que maduro durante mis cortos momentos de descanso, durante mis largos insomnios, ese asunto no abrazará solamente el interés de una familia ó de un pueblo, sino de la humanidad toda entera.... Sin embargo, ese Dios cuya gran-

<sup>1</sup> Especie de laud.

deza y cuyo poder quiero cantar, ese Dios que debe dar á mi ingenio el impulso sublime que necesito, viene ¡ay! á herirme cruelmente y á quitarme tal vez hasta la esperanza de realizar este sueño de mi vida.

—Padre mio, al privaros de admirar sus maravillas, Dios no ha querido quitaros los medios de celebrarlas, pues que ha puesto junto á vos unos hijos que se envaneecerán y se juzgarán felices con seros útiles en tan nobles trabajos. Sí, padre mio, silenciosas y atentas á vuestro lado, recogeremos religiosamente las palabras que de vuestros labios se escapen. No, no creais que una ocupacion tan grata nos fatigue; no: de noche ó de dia, cuando quiera que en vuestro ingenio inspirado lleguen á nacer vuestros pensamientos sublimes, ahí estaremos nosotras, y compitiendo en celo, las que no hagan mas que escuchar envidiarán á la que tenga la pluma, pues la memoria de las hijas de Milton pasará á su posteridad con los versos que hayan escrito.

—Gracias, hijas, gracias; pero aun no es llegado el tiempo, y luego, ¿quién sabe lo que nos está reservado en lo futuro?

Milton tenia razon en desconfiar del porvenir: "La dicha del malvado pasa como un torrente," ha dicho uno de los grandes poetas franceses. La usurpacion de Cromwell no podia ser de larga dura. La vida agitada que llevaba le acarreó una fiebre de que murió el 3 de setiembre 1058. Ricardo, su hijo, vana sombra del padre, convencido en poco tiempo de su incapacidad, abdicó el poder supremo, y Carlos II, llamado por la nacion que se hallaba cansada de revolucion y tiranía, ascendió al solio de sus padres.

La corta duracion de la revolucion, aproximando todas las escenas de este drama terrible y no dejando envejecer ninguna injuria, daba mas vivacidad á todos los

odios y á todos los deseos de castigo y de venganza. Los insultos tan odiosos que Milton habia proferido contra la autoridad regia, su entusiasmo por una libertad que se habia vuelto sanguinaria, sus compromisos con el partido de Cromwell, su apología del regicidio, llamaban sobre él las miradas del nuevo parlamento. Para evitar las persecuciones que temia, se refugió en la casa de un antiguo amigo suyo donde esperaba hallar un refugio seguro, y sosiego.... ¡Vana esperanza! habia él herido demasiado á sus contrarios para ser olvidado á la hora de las proscripciones.

Carlos II era un príncipe afable y generoso, pero habiéndose dado demasiado á sus placeres, se cuidaba muy poco de lo que á su nombre se hacia: habia proclamado una amnistía en que habia dejado introducir numerosas excepciones que permitian al odio ejercer sus venganzas.

Milton, sorprendido en su humilde desvan, fué aprehendido por órden del parlamento. Ni las lágrimas ni las súplicas de sus hijas pudieron ablandar á los soldados encomendados de conducirle preso: tan solo pudieron alcanzar, á fuerza de ruegos, la gracia de servir á su ciego padre de guia, y de permanecer con él alternándose.

Mientras que Milton, viendo sus ilusiones destruidas, reflexionaba sobre la inconstancia de las cosas humanas y se resignaba con su suerte, un solo pensamiento preocupaba el ánimo de sus hijas: salvar á su padre, arrancarle de la muerte con que le amenazaban, era casi imposible; pero ¿hay acaso imposibles para el amor filial? Dinero, promesas, todo habia sido en balde con sus custodios: corria el tiempo y las pobres comenzaban á perder toda esperanza, cuando un pensamiento repentino llegó á reanimar á Ema. Ella

habia oido allá en otros tiempos, reprochar á su padre la evasion de lord Davenant. Davenant, uno de los mas celosos partidarios de Carlos I, él que ha participado del destierro y los peligros del hijo de su rey; él debe haber regresado con aquel, dijose Ema, y debe tener influjo en la corte.

Movida de este pensamiento, parte, adquiere informes, logra saber que es preciso penetrar en el palacio del rey, y allí penetrará ella, ella hija de Milton, del favorito de Cromwell.... pues va á solicitar el perdon de su padre.

Después de varias tentativas, de muchos pasos, triunfa al fin su perseverancia, y logra verse en presencia de Davenant.

—Milor, dícele arrojándose á sus piés, yo soy hija de Milton; ha sido acusado, se halla preso, yo vengo á saber si vuestra gracia se acuerda todavía de cómo se salva á un preso.

—El corazon de un hidalgo no necesita que le recuerden un servicio, pues nunca le echa él en olvido. Alzad, miss, y contad conmigo. Sin embargo será difícil....

—¿Cromwell era por ventura menos severo que Carlos II?

—Yo sé bien á qué se exponia vuestro padre cuando me salvó y sé tambien que le debo la vida. ¿Sabe él que habeis venido á verme?

—No me lo hubiera permitido.

—Volveos á su lado, y aguardad con confianza.... yo espero volverle mas de lo que me ha dado.

Consolada con esta grata promesa, Ema corrió á cumplir su penosa y noble supervigilancia: contaba las horas y los instantes al lado de su padre, quien, mudo y pensativo, aguardaba su suerte con estóica firmeza. La voz de sus hijas era solamente lo que le distraia de sus tristes meditaciones.

—¿No me dejarán, exclamaba á veces, no me dejarán tiempo para efectuar mi obra? Y ¡este fuego que arde aquí se extinguirá sin haber producido nada?

—Tranquilizaos, padre, le decia Ema, quien devoraba no obstante sus lágrimas, pues comenzaba á desesperar, dicen que el rey....

—Nada espero del rey, sino la venganza y la muerte; ¡pero me hace padecer demasiado!

Una noche al acabar de rezar sus oraciones, al estar leyendo un pasaje de la Biblia, dejáronse oír pasos: abrióse luego la puerta de la cárcel y penetraron en ella muchos soldados precedidos de un jefe.

—¡Y bien! exclamó Milton, ¡ya voy á morir! estoy preparado.

—Aquí teneis la órden del rey, dijo el jefe presentando un pergamino.

—Yo no puedo leerla: y ¿qué dice? ¡Ah! tal vez el nombre de la persona á quien Carlos ha encomendado de su venganza.

—El portador del mensaje es milord Davenant, respondió el jefe.

—¡Davenant! sí, el que una vez... pero ¡han cambiado mucho los tiempos!... estoy pronto á seguiros.

—La órden de S. M. debe seros leida.

—Ya escucho.

—Señorita, dijo Davenant á Ema, servíos dar á saber la voluntad de S. M.

Ema temblando, tomó el papel y leyó con inmutada voz:

Carlos II, rey de Inglaterra....

—Pasad los títulos, interrumpió Milton.

Queriendo igualar al beneficio la recompensa, y juntar á la clemencia la justicia, otorgamos á Davenant, en premio de su lealtad, la gracia de Milton....

—Os vengais como poeta, milor, dijo el ciego.

—Yo pago mi deuda, respondió Davenant, y os digo como vos me dijisteis:

Volved á vuestras tareas y pagad á la posteridad el servicio que os presto en su nombre.

—Sí, con la libertad recobraré mi ingenio, pues le mataba el aire de la cautividad. Voy á volver á remontarme en ese mundo divino de que no hubiera yo debido apartarme.

Libre y olvidado, Milton se consagró á la composicion de su obra inmortal. Retirado en un modesto aposento, atormentado de dolores físicos y morales, sufriendo la pérdida de sus ilusiones, la humillacion de la desgracia pública, la vergüenza de ver sus escritos políticos quemados por la mano del verdugo, todo conspiraba á postrarle: en su vida oscura y pobre, no le quedaba mas que un consuelo, el amor de sus hijas, mas que un refugio contra sus tristezas, el trabajo. Separado de la tierra por la pérdida de la vista y por el odio de los hombres, no pertenecia ya él sino á aquel mundo misterioso cuyas maravillas describia. Vivía dentro de sí mismo, en el vasto campo de su pensamiento y sus memorias.

Todos los dias hacia Milton que Ema le leyese un capítulo de la Biblia hebrea y algunos versos de Homero; dedicándose á su poema después de estas lecturas. Sus hijas, sentadas junto á él, recogian con cuidado los versos que escapaban á su pensamiento: esta es una de las tiernas escenas que ha trasladado al lienzo el autor del primoroso cuadro del cual hemos dado una copia con este artículo.

En medio de aquella vida sencilla y ocupada, pronto quedó terminado el PARÁISO PERDIDO. Dos años después, Milton vendió su manuscrito en treinta libras esterlinas<sup>1</sup>, pagaderas á condiciones que daban á conocer la poca confianza del editor. La censura vino luego á retardar la pu-

1 Ciento cincuenta pesos.

UN EXCELENTE ACOMODO.

El empleo de primer cocinero de la reina de Inglaterra tiene asignado un salario de setecientas libras esterlinas al año, es decir ¡la friolera de TRES MIL Y CUARENTA PESOS mejicanos!

ENIGMA.

Todo lo grande es humilde,  
Segun, en su nacimiento;  
Jesucristo es un portento  
Que la cuestion no decide.

El fué un corderito manso  
Que á lo celeste voló,  
Pues él se divinizó,  
Y á su grandeza no alcanzo.

Pero en la tierra soy yo,  
Como bien se puede ver,  
La envidia de humano ser,  
Aunque la tierra me crió.

Soy fuerte mas que una roca;  
Y de virtudes muy lleno,  
Pues que domino al veneno  
Y á todo el que me provoca.

Es tanta mi fortaleza,  
Que para darme á mí el ser  
Uso de mí se ha de hacer,  
Si quieren que dé grandeza.

De coronas soy imperio  
Y los reyes me codician,  
Muchos á mí me acarician;  
Mas yo con todo, soy serio.

En formas de rosa y cruz  
Soy adorno de las bellas;  
Y gozo de las estrellas  
Un destello de su luz.

En tamaño soy pequeño;  
Pero en valor, excesivo,  
Por lo que no es el prodigo  
Capaz de hacerse mi dueño.

En fin, como soy tan sano,  
Yo con todo bien me avengo,  
Mi valor siempre mantengo,  
Y útil soy al artesano.—M. D. A.

La solucion en el número siguiente.

blicacion. Por fin, vió la luz pública la obra y este poema que estaba destinado á honrar la Inglaterra, no tuvo aceptacion. El nombre del autor le era desfavorable, el asunto elegido por aquel excitaba muy poco la atencion: los amigos del solio y de las leyes miraban mal al defensor fanático del regicidio, los hombres frívolos y voltarios que poblaban la corte de Carlos; las célebres beldades divertidas con los versos galantes ó satíricos de los Rochester y de los Waller y con las comedias de Wicherley, no podian ver mas que con desden y fastidio un asunto tan grave y triste. La indiferencia religiosa que habia sucedido á los furios de los puritanos<sup>1</sup>, la elocuente frivolidad que entonces estaba en moda arrojaban una especie de irrision sobre una poesía puramente religiosa. Por lo mismo el ingenio de Milton quedó ignorado y no tuvo lectores su poema. Hasta muchos años después de su muerte, acaecida en 1674, fué cuando Addison probó metódicamente que Milton era un ingenio al cual no habia hecho falta sino el clima y la lengua de Homero, agregando que de negarse al PARAÍSO PERDIDO el nombre de poema épico seria preciso llamarle poema "divino."

Desde entonces pasó el público de la indiferencia al entusiasmo: la Inglaterra tan pagada de todo lo que su suelo produce se envaneció con su Milton como con su Shakespeare, y subiendo mas y mas de punto el entusiasmo, las hijas de Milton que habian ayudado á este en sus larga y asidua tarea, pasaron á la posteridad juntamente con el nombre para siempre inmortal de su padre.

(Traducido para la Semana.)

1 Presbiterianos de Inglaterra, que se precian de observar una religion mas pura.